

# PiNOCHO

AÑO. V  
NUM. 243

25 cts

13 OCTUBRE  
1929



- CUANDO SE QUEDA EL CUERPO FRIO LO MEJOR ES FROTARLE CON NIEVE!  
- PERO... ¿Y SI ESO OCURRE EN VERANO?



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28°17'

POR C. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

de una grave enfermedad. Parecía me bajaban a los ojos velos cada vez

más densos a través de los cuales relampagueaban de vez en cuando reflejos luminosos deslumbradores; en los oídos me zumbaba un run-run sordo y confuso, como el del mar lejano en la voluta de un caracol. Vivía como bajo el agobio de una angustiosa pesadilla. Recuerdo que me acostaron a la larga en la banqueta, me echaron una manta por encima y, después de hacerme ingerir un nuevo trago de coñac, me bañaron las sienes ardorosas con paños empapados en alcohol. Luego me amodorré, pero tan ligeramente que aun, en mi semi-vigilia, durábase la impresión de respirar en una atmósfera incandescente. Aun me acuerdo de que en determinado instante el capitán Jopling me saludó, pero no pude entender con qué palabras, y de que, al quedar solo con Grimmett, continuó éste prestándome los más solícitos cuidados hasta que, como Dios quiso, se llegó a Delhi.

»Transportáronme a la posada en una camilla, y al llegar me metieron en la cama. Una breve tregua de la fiebre me permitió darme cuenta de estos particulares. Recuerdo un ir y venir de criados vestidos de blanco como enfermeros, la cara impasible de Grimmett y la indagadora e inquieta de otro individuo (el médico tal vez), inclinadas sobre mí; y luego, otra vez, la sombra confusa y relampagueante, el zumbido y la balumba, un tormento del que no lograba tener conciencia, un caos obsesionante; y después, la inconsciencia perfecta, un sueño semejante a la muerte.

»Cuando me desperté, o mejor dicho, cuando

recobré el conocimiento, me pareció, no que salía de un sueño sino que lo continuaba. Todavía no me daba cuenta de mí. Me encontré extendido sobre una camita de hierro, en una vasta habitación de la cual, pese a la penumbra en que parecían mantenerla, distinguí las paredes encaladas y desnudas y el escaso mobiliario. A los pies de la cama había un hombre vestido de lienzo blanco, descalzo, con una cabezota greñuda, y que por el momento miraba estúpidamente al vacío con una fijeza huérfana de ideas.

»Al movimiento que hice para verle mejor, recobróse, me miró asombrado, luego se puso en pie y se me aproximó.

»—Señor, no se mueva. ¿Se siente mejor?

»Habla una lengua extraña, entremezclada de palabras inglesas y portuguesas.

»—¿Quién es usted?—pregunté yo, admirado y ansioso, en lugar de responder—. ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado?

»—¡Quieto, quieto, por piedad! No se mueva, no hable. Vuelvo en seguida, señor.

»Y avanzó hacia la puerta con paso elástico y silencioso, bamboleando su escueta y demacrada persona. Cuando volvió, pasados cinco o seis minutos, le acompañaba un señor bastante grave y digno, con barba negra y rala, lentes de oro y traje gris cuidadosamente abotonado: el médico.

»—¡Ah!—dijo con una sonrisa que brilló un instante detrás de sus anteojos—me complace mucho ver a usted mejor. ¿Cómo se siente usted?

»—Mejor, sí; pero absolutamente sin un adarme de fuerza.

»—Hable menos, hable menos. El caso es que por poco no se queda usted enteramente mudo. Su vida de usted ha estado en peligro, mi querido señor. Antes de ayer todavía duda-



ba yo poderle salvar. Hoy ha desaparecido todo riesgo; pero es preciso que tome usted las más minuciosas precauciones.

»—Pero, en fin, ¿qué me ha pasado? ¿Puedo saberlo?

»—Lo sabrá usted, lo sabrá luego. Ahora, puede tomarse este caldito; después, trate de seguir durmiendo.

»Bebí el caldo, que me reanimó un poco; pero tan extenuado estaba, que me volví a quedar dormido casi al punto, con un tranquilo sueño reparador.

»Al despertar, me hallé en el cuarto solo. Era de mañanita; la ventana estaba abierta, y en el rectángulo luminoso la cima de una planta de anchas hojas y de un verde intenso ondeaba lentamente en el fondo maravilloso del cielo más azul y más divino que estos mis pobres ojos mortales hayan podido nunca admirar ni concebir.

»Me incorporé en el lecho apoyándome en las almohadas, y me restregué los ojos. Estaba bien despierto; en aquel instante no soñaba ya. Porque a la verdad se me ocurría preguntarme si la indisposición que me había retenido en aquel camastro desvencijado, en aquella desnuda pieza de posada exótica, en una ciudad para mí desconocida, había sido realidad o sueño, el sueño horrible de una noche agitada, de un dormir convulso. Pero el aturdimiento, la extrema debilidad y el dolor agudo que notaba en las coyunturas al moverme no me dejaban lugar a duda, con más que sentía, imperiosa e insupportable, la necesidad de comer, de comer hasta la saciedad. Y entonces me acometió el terror de haber pasado el tifus, puesto que a la primera mejoría me acuciaba tan violento y tan voraz deseo de comer.

»Mirando en derredor, vi que al lado de la cama colgaba un grueso cordón. Al tirón impaciente que le di una campanilla escandalosa repicó en el corredor contiguo y ante el umbral apareció en seguida el camarero de antes.

»—¿Ha llamado el señor?

»Me dió por reír, al pensar que la misma

frase repite, en las viejas comedias, el criado a quien llama a la escena alguno de los protagonistas en demanda del indispensable recado de escribir.

»—Se ríe el señor, luego ya está bien—filosofó el camarero adelantándose.

»—¡Bravo! ven acá y respóndeme.

»—No tiene el señor más que mandar...

»—Me vas a decir de una vez qué clase de mal es el que se me ha venido encima.

»—¡Bah!—dijo el otro con una mueca humorística—¿Quién puede saberlo? Cuando le trajeron a usted aquí, parecía, dicho sea con todo el respeto que le debo, que más estaba en manos de Dios que en las del doctor... Un calenturón, un calenturón... bestial, realmente, perdóneme usted la expresión. Por espacio de tres días ha seguido usted en una exaltación furiosa, forcejeando, delirando...

»—¡Jesús! ¡Jesús! — no pude menos de exclamar. Y como viera al criado pararse a mirarme de hito en hito como temeroso de que el delirio me acometiera de nuevo, le grité irritado:

»—¡Sigue adelante! ¿Y luego?

»—Pues luego fué peor que antes, porque a cada paso tiraba usted las mantas por el aire y parecía querer precipitarse de la cama. Y ¡que no me costó trabajo retener a usted taparle, calmarle! Como que el médico estuvo a punto de atarle a usted a la cama, porque ¡nadá! que, siempre con el debido respeto, ¡parecía usted un loco de atar! Pero, en fin, la crisis, como dice el señor doctor, pasó; y usted cayó en un sopor profundo, permaneciendo ahí otros tres días, dispénsame la palabra, como atontado... Ayer por último, cuando se despertó usted...

»—Pero, en suma—pregunté con voz trémula—¿qué día es hoy?

»—¿Hoy?... Miércoles.

»—No es eso. ¿Qué día del mes?

»—El 17, 17 de octubre.

»—¡El diecisiete!—grité estremeciéndome. Y con súbito impulso saqué las piernas de la cama como si me fuera dado correr así en camisa

(Continuará en el número próximo).





# COLORÍN y su PANDILLA



¡DON TOMAS ME HA PRO-  
PUESTO QUE LE COMPRE SU  
AUTO Y YO LE HE DICHO QUE  
SIN PROBARLE NO ME COM-  
PROMETO!



¡ASI ES, QUE MA-  
NANA VAMOS A DAR  
TODOS UN PASEO  
EN EL AUTO PARA  
ENSAVARLE!



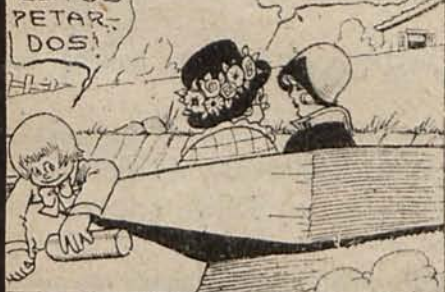
¡TIENE  
MUY BO-  
NITA LI-  
NEA!

¡Y NOTE USTED  
LO SUAVE QUE  
OBEDECEN LOS  
MANDOS!



¡AHORA ME VOY  
YO A DIVERTIR  
UN RATO CON  
ESTOS  
PETAR-  
DOS!

¡QUE BIEN  
MARCHA  
ESTE AU-  
TOMOVIL!



¡ME PARECE  
QUE SE HA  
PINCHADO UN  
NEUMÁTICO!

¡BANG!



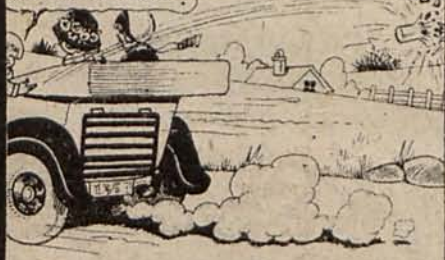
¡PUES LAS RUE-  
DAS ESTAN TO-  
DAS BIEN HIN-  
CHADAS!

¡HABRA  
SIDO  
OTRO CO-  
CHE!



¡TIRAREMOS  
OTRO PETAR-  
DITO, PORQUE  
ESTE HA DADO  
RESULTADO!

¡BANG!



¡ESTO ES PARA  
VOLVERSE LOCO!  
¡NO ENCUENTRO  
AVERIA ALGUNA!

¡BANG!



¡BANG!

¡AHÍ VA  
OTRO PE-  
TARDITO!



¡PUES NO LO  
ENTIENDO; LOS  
NEUMÁTICOS  
ESTÁN INTAC-  
TOS!



¡JA! JA! ¡ESO ES  
OBRA DE COLORÍN,  
SEGURAMENTE!

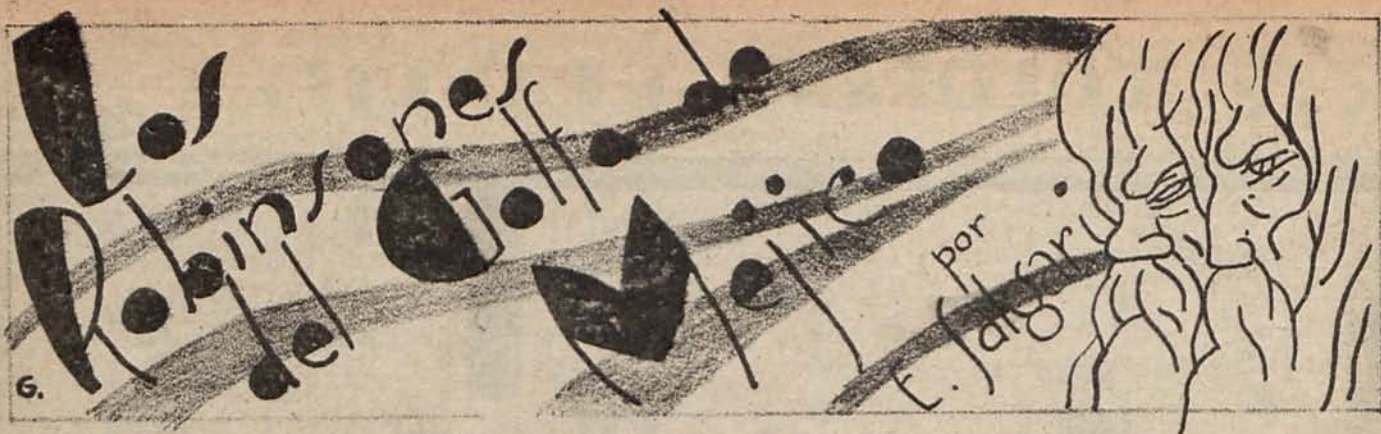
¡BROMITAS  
A MÍ! ¿EH?



¡QUE GROSERO; ABANDO-  
NARNOS EN LA CARRETERA  
A QUINCE KILOMETROS DE  
LA CIU-  
DAD!







(Continuación)

Había tratado de llamar la atención de los tripulantes encendiendo hogueras sobre las rocas más elevadas de la isla, sin resultado.

El aislamiento comenzaba a abatir al pobre marinero. ¡Cuánto hubiera dado por tener un compañero! ¡Sí por lo menos hubiera tenido un papagayo para cambiar con él alguna palabra que otra! Pero no, ni siquiera le era posible esto, porque en aquella isla no había señales de tales pájaros.

Un profundo desaliento se había apoderado del desgraciado marinero, que se veía condenado irremisiblemente a vivir y morir en aquella inhospitalaria isla, abandonado de todo el mundo.

Y ni siquiera podía pensar en construirse una jangada, una balsa, algo que flotase. Aunque hubiera estado cierto de tener que desafiar nuevas tempestades, no habría dudado un momento en entregarse a las olas y a la corriente del Golfo de Méjico, con tal de ver un rostro humano o de llegar, cuando no, a una isla menos estéril.

Nada. La madera no existía en aquella tierra arenosa. Los únicos vegetales que surgían entre aquellas rocas calcinadas por el sol no eran más que pobres gramíneas amarillas.

Un día, mientras recorría melancólico la playa, buscando langostinos para variar un poco sus sobrios condumios, apercibió sobre la superficie azul de las aguas un punto negro.

Una vaga esperanza brilló en la mente del náufrago. ¿Qué sería aquel punto negro que se destacaba claramente del centelleo del mar? ¿Acaso una chalupa que iba a recogerlo?

Pero llegó la noche, y el punto se hallaba aun lejos.

Serrano no se atrevió a alejarse de su morada. Recogió unas haces de algas secas y encendió varias hogueras; luego recorrió las playas, gritando con todas sus fuerzas.

La oscuridad le impedía seguir distinguiendo aquel

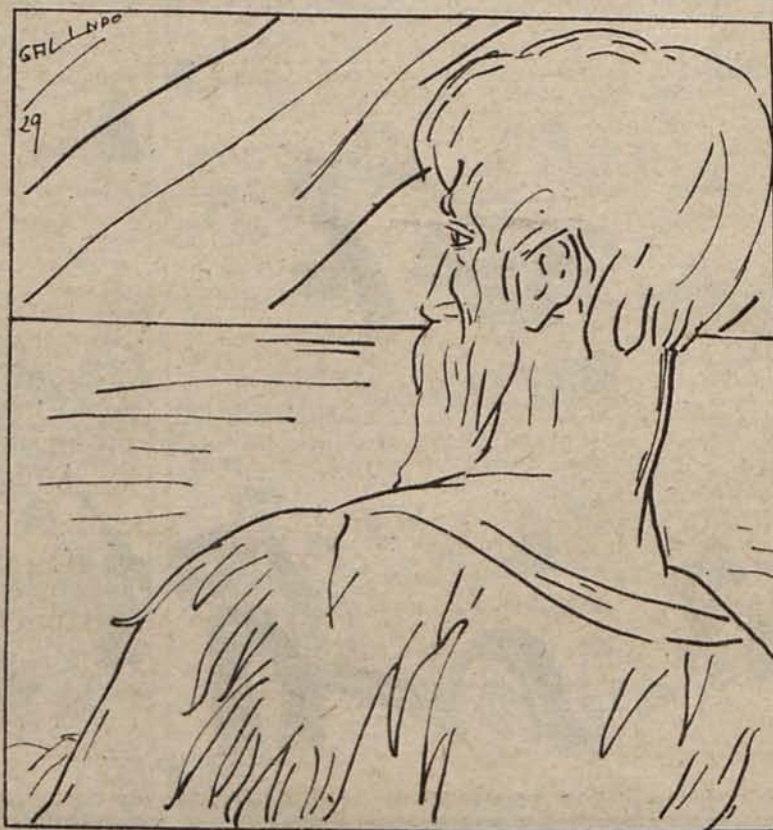
punto negro. ¿Había desaparecido, o acaso había abordado las orillas meridionales de la isla?

Al día siguiente, Serrano reanudó sus pesquisas, pero no pudo ver ya nada.

¿Se habría alejado la chalupa de la isla, creyéndola quizás habitada por crueles salvajes, o habría naufragado?

Serrano exploraba la isla, siempre con la esperanza de descubrir la chalupa al abrigo de alguna ensenada o detrás de alguna escollera.

De pronto encontróse ante un hombre







medio desnudo, cubierto de pelo como un animal, con largos cabellos incultos y barba monstruosa.

El marinero, cuyo cerebro habían alterado los largos sufrimientos y la soledad, creyó hallarse en presencia del diablo y emprendió desesperadamente la fuga, haciendo la señal de la cruz.

El desconocido corrió tras él, gritándole:

—¡Soy un cristiano como vos! ¡No huyáis! ¡Me muero de hambre!

El marinero, persuadido al fin de que no tenía que habérselas con un espíritu infernal, ni con Belcebú, interrumpió su carrera.

—¡Hermano, dadme de comer! — le suplicó el hombre peludo.

—¿Quién sois?—preguntó Serrano, avergonzado ya de su temor.

—Un pobre náufrago.

—¿De dónde venís?

—De una isla desierta que se halla al sur de esta tierra. He llegado aquí esta noche, agarrado a una viga.

Serrano se sintió compadecido de aquel pobre hombre. Condújole a su cabaña y le dió de comer y de beber con abundancia.

Cuando el náufrago hubo calmado el hambre, le refirió su historia.

Aquel desgraciado se había embarcado cuatro años antes en La Habana, con rumbo a las bocas del Amazonas, donde los españoles habían fundado una colonia.

Su nave, cerca de las costas meridionales de Cuba, vióse asaltada por un furioso huracán, y el marinero, sorprendido por una ola, al tratar de recoger una vela, había sido arrojado al mar.

Nadie se ocupó ya de él; quizás ninguno de los tripulantes se enteró de su desaparición.

Como era buen nadador, había luchado tenazmente con las olas durante varias horas, hasta que la corriente lo arrastró hacia una isleta rocosa.

Más afortunado que Serrano, había encontrado en

*(Continuará en el próximo número)*







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



SE ESTÁ USTED VOLVIENDO UN TRAGÓN,  
INSOPORTABLE.

NO TENGO YO LA CULPA.  
YA SABES QUE EL MÉDICO ME HA MAN-  
-DADO QUE ME TOME UN POLLO Y UNA  
LANGOSTA ANTES DE LAS COMIDAS.



¿NO SABES LO BIEN QUE ME VA EL RÉ-  
GIMEN. ME SIENTO JOVENCITO; TODO  
ME SONRÍE; LO VEO TODO DE COLOR DE  
ROSA.

EN CAMBIO, UN SERVIDOR LO VE  
TODO MUY NEGRO. ME  
ESTOY QUEDANDO COMO  
UNA ESPINA.



PERO VAS A FIJARTE EN ESAS PEQUE-  
ÑECES? CUANDO DOS SE QUIEREN  
BIEN CON UNO QUE COMA, BASTA.  
ANDA, ARREGLATE QUE TE VOY  
A LLEVAR A PASEO.



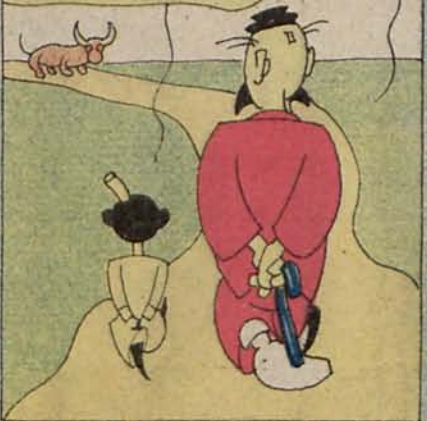
CON ESE CUPRONI-  
QUEL QUE TÚ TIE-  
NES, VERAS LO BIEN  
QUE VAMOS A  
MERENDAR.

LO DUDO, EL PO-  
BRE ES DE PLOMO  
DEL MÁS FALSO.

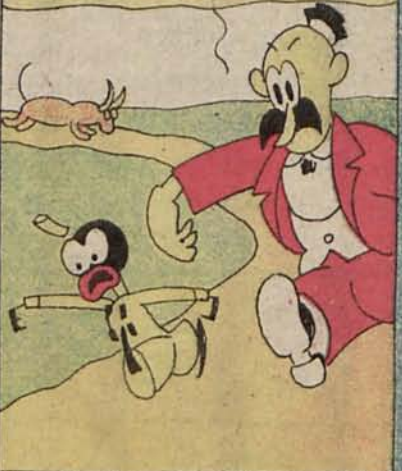


OYE, CURRINCHE, AQUELLO PARECE UN  
TORO ¿VERDAD?

YO CREO QUE ES UNA FIERA CO-  
RRUPCIA CON CUERNOS.



¡QUE VIENE, CURRINCHE! ¡QUE VIE-  
NE! ¡VAMONOS CORRIENDO A CASA!



¡ESPÉrame, HOMBRE,  
NO CORRAS TANTO!



¡NO TENGAS MALA IDEA,  
CURRINCHE! ¡ABRE LA  
PUERTA QUE ME VA A  
PILLAR EL TORO!

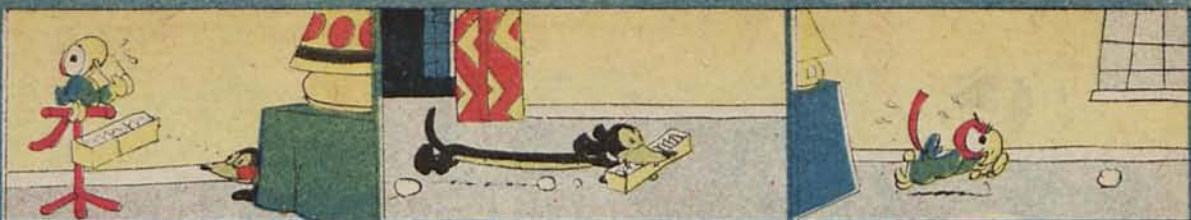


¡CORRA! ¡CORRA! ¡QUE CUANDO DOS  
SE QUIEREN BIEN  
CON UNO QUE  
CORRA  
BASTA!

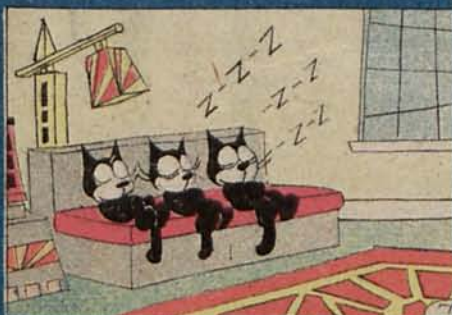




**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA



## PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL TIO ZANGUANGO

Castillo



BA en cierta ocasión por un camino un pobre muchacho que regresaba a su país sin más equipaje que dos pares de calcetines y un peine roto.

Como a la mitad de aquella jornada, encontró el pobrete unos cazadores; y después de saludarlos les preguntó dónde podría pasar la noche.

Uno de los cazadores le dijo:

—Precisamente vamos a la posada del tío Zanguango, que está cerca de aquí, conque, si quieres, vente con nosotros.

Aceptó el muchacho, y todos se pusieron en marcha.

Durante el camino preguntáronle los cazadores cómo se llamaba y cuál era su oficio. El mozo contestó que su nombre era Lorenzo, y que se dedicaba a limpiar de hollín las chimeneas.

Llegaron los tres caminantes al mesón y pidieron hospitalidad. El tío Zanguango salió a recibirlos, y después de aposentarlos guió a Lorenzo hasta un camaranchón donde había un poco de paja.

—Ahí tienes tu cama. Dentro de un rato te subirán la cena.

Cenó el mozuelo con buen apetito, y se acostó como sobre una mullida cama en el montón de paja medio podrida.

A cosa de media noche oyó gran ruido en las habitaciones del piso bajo, y a poco sonaron dos tiros. Levantóse sobresaltado y se metió valientemente por la chimenea, agarrándose al borde con los ganchos que de ordinario llevaba.

La chimenea daba precisamente a la habitación ocupada por los cazadores.

—¡Deben de ser duendes—decía uno—, porque ocurren cosas muy extrañas! ¡Fíjate en mi gorro de dormir! ¡Uf, y qué marcha que lleva!

En efecto; el gorro se arrancó él solo de la cabeza del viajero, y salió disparado por una ventana.

—¡Vaya usted con Dios, amigo—dijo el cazador al gorro—, y expresiones en llegando!

—¡Gracias!—dijo una voz, que todos conocieron ser la del posadero.

—¡Al primer duende que asome, le descerrajo un tiro!—gritó el otro cazador.

Y cogiendo una silla, iba a sentarse; pero la silla comenzó a bailar, y de pronto todos los muebles empezaron a dar saltos y brincos como desesperados.

Aquello era el delirio. Los retratos que había pintados en las paredes se animaron y comenzaron a bostezar; y por fin, las figuras sacaron la cabeza del marco y comenzaron a insultar a los viajeros.

Sonó un golpe, y todo quedó en silencio.

—¿Sabes—dijo un cazador—que no son muy finos que digamos esos caballeros? ¡Vaya unos piropos que nos han echado!

—¡Creerán que somos de su familia!—contestó el otro.

—¡La verdad es que la broma va resultando pesada! Si pudiéramos salir...

—¡No saldréis vivos!—dijo una voz.

—¡Vaya; pues que se asome ese guapo y que nos diga dónde entierra, y, siquiera, tendremos ese consuelo!

Abrióse en esto la pared por el sitio en que estaban los cazadores, y unas manos de hierro los sujetaron sin dejarles hacer el más pequeño movimiento.

—¡Sois míos!—dijo la voz de antes.

Se abrió la puerta y apareció la figura raquítica del posadero, llevando en una mano una lámpara y en la otra un afilado sable que debía de cortar como una navaja de barbero.

—¡Vengo por vuestras narices, amigos míos!—exclamó con su imperturbable sonrisa—Estoy haciendo colección, y me faltan las vuestras para completar las seis docenas que necesito.

—¿Y para qué necesitas tantas narices, tú que no eres chato?—preguntó con sorna uno de los prisioneros.

—Para hacer un ungüento maravilloso que hará que yo sea el hombre más feliz de la tierra. Frotando con esa pomada, curaré todas las enfermedades, sabré dónde están todos los tesoros de la tierra, y, sobre todo, se me quitará esta giba,







que me molesta mucho. Me parece que os he dado toda clase de explicaciones.

—Pero que no nos convencen de que nos dejemos cortar nuestras queridas narices. ¡Por la buena, jamás! ¡Como te acerques a tiro de puntapié, vamos a deshacerte la giba sin necesidad de ungüento!

—Entonces, os mataré primero. Pero es el caso que para que la pomada resulte bien es preciso cortar las narices de los vivos. Voy a dejar el sable aquí, y a sujetaros las piernas con unas correas.

Acercóse el posadero a la chimenea, y dejó el sable en un rincón; volvióse a los cazadores, y ya iba a acercarse a ellos, cuando se oyó un estrépito formidable. Lorenzo se había dejado caer desde lo alto de la chimenea, y desplomándose sobre el posadero, le hizo caer de bruces en el suelo, casi aplastándole la joroba. Empuñó luego el sable para matarle; pero no bien hubo cogido el arma, cuando vió que el jorobado se convertía en una gallina que corría cacareando por la habitación.

—¡Valiente posadero tenemos!—dijo uno de los cazadores.

—¡Lorenzo—dijo el otro—, mátales sin compasión, porque estoy seguro de que si le degüellas, nos veremos libres de todos estos encantos!

—¡Prueba a soltarnos antes!—exclamó el otro.

Tocó Lorenzo con la punta del sable los brazos de hierro que salían de la pared y sujetaban a sus amigos, y en el mismo momento desaparecieron.

—¡Gracias a Dios — exclamaron — que podemos defendernos!

—¡Suelta ese sable, granuja; suéltalo!—gritó la gallina sin cesar de correr.

—¡Eso quisieras tú para reírtel!—contestó Lorenzo—¡Toma, por gallina!



Y le tiró una estocada. No hizo más que tocarle, y la gallina se convirtió en un sapo asqueroso que saltaba de mueble en mueble.

—¡Cómo has menguado, chico!—dijeron los cazadores empuñando sus escopetas y preparándose a darle un culatazo.

—¡Suelta el sable!—gritó el sapo.

—¡Como si cantaras! ¡Lo que voy a soltarte es un sablazo que vas a ver las estrellas!

En esto uno de los cazadores disparó su escopeta sobre el asqueroso bicho con tal acierto, que la bala le dió en mitad del cuerpo; pero el plomo resbaló sobre la piel del animal y se fué a clavarse en la pared.

El sapo soltó una carcajada.

—¡Balitas a mí! ¡Que suelte ese canalla el sable, y se verá lo que es bueno!

—¡Demontre!—dijeron los cazadores—.

Ese pellejo duro no tiene miedo más que al sable! ¡Pues el sable tiene algún misterio! ¡Veámosle!

Examinaron el arma, y vieron que en la empuñadura tenía unos signos extraños. Uno de los viajeros sabía árabe, y descifró la inscripción. Decía así: «Con el filo desharás; con el pomo matarás».

—Pues ya lo sabes, Lorenzo: dale con el pomo—exclamó.

Volvió Lorenzo el sable, y entonces el sapo adquirió la forma del posadero. Éste se arrojó a los pies de Lorenzo, y le pidió que le perdonara la vida.

—¿Le perdono?—preguntó el muchado.

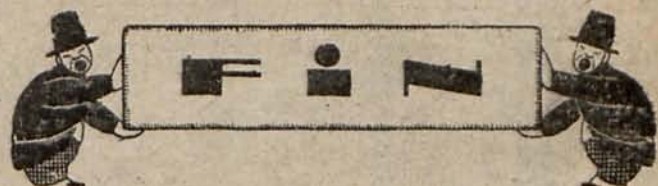
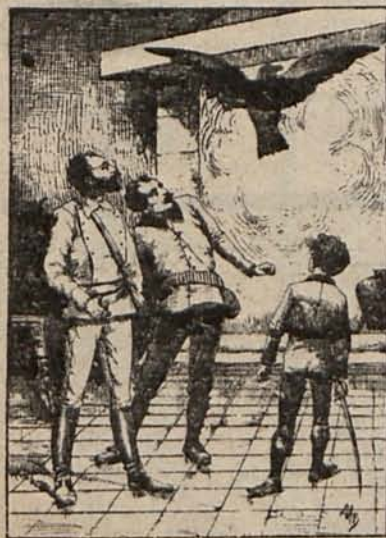
—¡No—gritaron los viajeros—; es un traidor que nos mataría a nosotros!

—Pues no le mato: voy a transformarle en ave para que se vaya adonde nunca más volvamos a verle; pero ha de ser con la condición de que nos haga ricos a todos.

Ofreciólo así el posadero, indicando el rincón donde tenía guardadas las riquezas que había atesorado, y al volver de nuevo el sable Lorenzo, se transformó en un enorme cuervo que desapareció por la chimenea.

Desenterraron las riquezas del nigromante, y se marcharon los tres de la posada muy satisfechos del resultado de la aventura. Lorenzo se llevó el sable a su casa, y allí le tiene colgado como recuerdo.

Y aquí acabó la historia de Lorenzo el deshollinador.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, querido Chonón.

—Muy buenos días, mi querido buho.

—¿He venido a interrumpirte? Parece que estabas muy sumido en tus pensamientos.

—No; estaba pensando en cosas que no me interesaban. Cosas sin importancia ¿sabes?

—Pero con la suficiente, para interesarte.

—No; créeme que no me interesaban absolutamente nada.

—Eso no es posible. No se puede pensar en lo que no nos interesa, porque el interés es precisamente lo que nos mueve a pensar. Lo que ocurre es sencillamente que unas cosas son, para nosotros, más interesantes que otras; y no depende de nuestra voluntad el que nos inspiren o no ese interés. A veces pensamos por dominio de nuestra voluntad pero otras es el cerebro el que manda.

—En eso, creo que tienes razón, amigo buho. Muchas veces piensa uno en cosas porque sí. Sin saber el verdadero por qué. Y dime ¿los animales piensan también?

—¡Caracoles con la preguntita!

—No la hago por tí; querido buho. Ya sé que tú no solamente piensas sino que piensas como lo hacen los sabios. Pero tú formas, entre todos los animales, una categoría superior.

—Tampoco yo me asombro porque puedas o no, referirte a mí. Pero la preguntita tiene una contestación muy difícil. Hay animales, como el perro, que obran de tal modo en muchos actos que parece indudable que piensan. O por lo menos, sienten de modo muy parecido al pensamiento.

—¿No es lo mismo pensar, que sentir?

—Son dos cosas distintas. Pensamiento y sensación, no es lo mismo. Puedes sentir frío y no pensar en él. En cambio si dices «tengo frío» responde esto a un pensamiento que te produce la sensación del frío.

—¿Y por qué crees tú que los perros piensan?

—Porque hay muchos detalles en estos animales que dan a entender que si no piensan, por lo menos asocian unas ideas con otras, de tal forma, que los otros animales no lo pueden hacer.

—No te entiendo. Concrétame lo que quieres decirme con un ejemplo.

—Un perro que yo conocí, tenía la costumbre de salir todos los días de caza. Siempre atrapaba alguna liebre o algún conejo y tranquilamente se lo comía.

—Era cazador por cuenta propia ¿no es así?

—Eso que tú dices. Algunas veces las piezas que cobraba eran tantas que no podía consumirlas él solo en el mismo día. ¿Y sabes lo que hacía el muy pícaro?

—Venderlas.

—¿Tienes ganas de bromita, amigo Chonón?

—No, hombre; pero como me has dicho que los perros piensan, los considero ya capaces de este instinto mercantil.

—No, señor, no las vendía. Las que no podía comerse, por falta de apetito, las enterraba en un sitio oculto, y al siguiente día volvía, las desenterraba, y se daba el gran festín. ¿Qué te parece?

—Que, en efecto, este modo de proceder responde a una asociación de ideas, que puede muy bien considerarse como un pensamiento.

—Pues eso mismo es lo que yo digo. Esa previsión pasa ya de la categoría de instinto.

—Por eso dice el vulgo que a los perros no les falta más que hablar.

—¡Ah! Si los perros hablasen y pudieran comunicarnos todo lo que piensan, nos dejarían asombrados.

—Además si hablasen pensarían más fácilmente.

—Eso es cierto. ¿Y cómo sabes tú esto?

—Porque me supongo que la palabra ayuda a pensar. Yo, al menos, cuando pienso en algo, veo escritas en mi cerebro las palabras que dan nombre a las ideas.

—Exactísimo. Las palabras son elementos del pensamiento. Con ellas se ayuda al cerebro y con ellas expresamos fácilmente lo que pensamos. ¡Quién sabe si muchos animales que creemos que no piensan, pudieran demostrar todo lo contrario si estuviesen dotados del don de la palabra!

—En cambio hay otros que hablan y no saben lo que dicen, porque ni piensan en lo que hablan.

—Ya sé por quien lo dices. Por las cotorras.

—Así es. Yo creo que las cotorras hablan lo mismo que si se las enseñase a mover una pata rascando la guitarra. Este caso de las cotorras creo que es sólo un instinto de imitación. Repiten las cosas como el eco, pero nada más.

—Estás en lo cierto, Chononcito.

—Oye una cosa, amigo buho. ¿Podríamos nosotros pensar sin palabras?

—Exactamente lo mismo que con ellas. El hombre tiene el don del pensamiento desde que nace y lo va desarrollando a medida que su cerebro se perfecciona con el desarrollo. Aunque el hombre no hablase, aunque no conociese ningún idioma, ni otro medio de comunicar con sus semejantes, pensaría igual. Pensaría siempre.

—¿Y no puede pensarse también en otras cosas que no estén representadas por palabras? Por ejemplo en notas musicales.

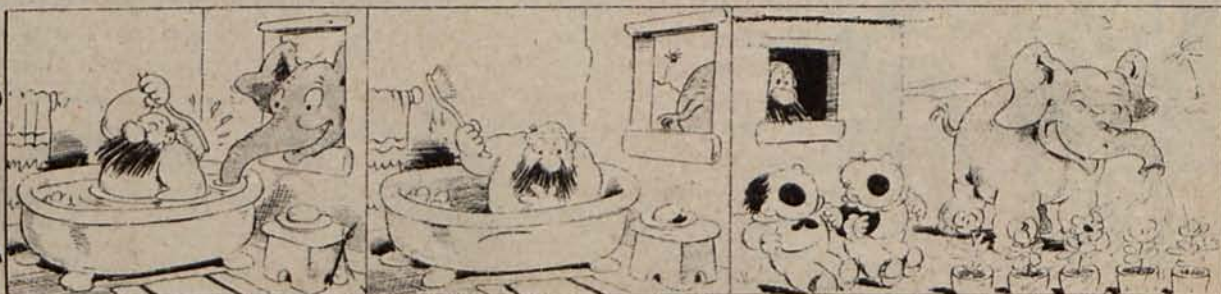
—Indudablemente, querido Chonón. Hay quien piensa por medio de sonidos con la misma facilidad que nosotros pensamos por medio de palabras. Todos los grandes músicos, como Beethoven, Wagner, Mozart, etc., han pensado sus obras con notas musicales. Del mismo modo los grandes matemáticos han pensado con signos algebraicos de números, letras, líneas, ángulos y curvas.

—Entonces un cocinero pensaría por medio de salsas, rellenos y ensaladas ¿no es eso?

—No te quepa duda que todas esas cosas y otras muchas más de la cocina ocuparán gran espacio en sus pensamientos.

—Y Chapete pensará siempre en Pinocho ¿no te parece? Y Pinocho en Chapete.

—En esto último estás equivocado. A Pinocho no le preocupa esa musarafia que se llama Chapete, ni tanto así.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



La casa de Pinocho  
J. Adell Bonet



Cabeza de hombre  
Luis Iglesias



Flamenco  
M. A. de Sotomayor



Pirula  
Lolita Fernández



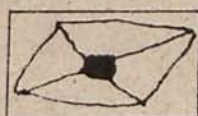
Gitana  
M.ª y Polin Blad



Gurrinín  
Titi Pérez



Anita  
Andrés R. de la Rosa



Una carta.—T. P. R.



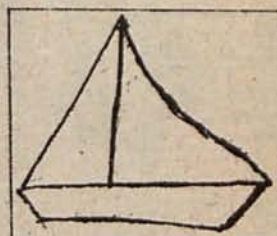
Miss Clary  
R. Jaraquemada



Un árbol  
Pedro Rodríguez



Pierrot  
Carmen Aili



El barco de mi tío  
Mari Trini Moyano



El reloj de mi papá  
Sira Fernández



Sombras  
L. Fernández

### Fijaos en los magníficos premios del GRAN SORTEO DE JUGUETES

ORGANIZADO POR LA SOCIEDAD FABRICANTE DEL

### PAPEL DE FUMAR ABADIE

que se celebrará en combinación con el sorteo de la Lotería Nacional de 2 de enero de 1930

## 420 JUGUETES

**Primer premio:** Un automóvil tipo Baby, marca Bugatti, con motor eléctrico y marcha de 15 kilómetros por hora.

**Segundo premio.** Un elegante cochecito con muñeco y ama.

**Tercer premio:** Una sólida bicicleta con side-car.

**Cuarto premio:** Una linda mesita con mantelería, servicio de vajilla y cuatro sillas.

VEINTE bonitos juguetes para los números favorecidos con los veinte premios de quince mil pesetas.

396 variados juguetes para los números favorecidos con las centenas de los cuatro premios mayores.

Cada veinte cubiertas de libritos o cada cinco cubiertas de blocs de papel de fumar Abadie da derecho a una papeleta para tomar parte en este sorteo.

El canje de cubiertas se efectuará desde el día 1 de Octubre al 21 de Diciembre, en el Almacén General del Papel de Fumar Abadie—Campoamor, 20 y Orellana, 3 triplicado—Madrid. Los domiciliados en provincias se dirigirán por correo.



MI amigo Colorín  
Domingo Palazuelos



Una pirulinda  
E. G. Conde



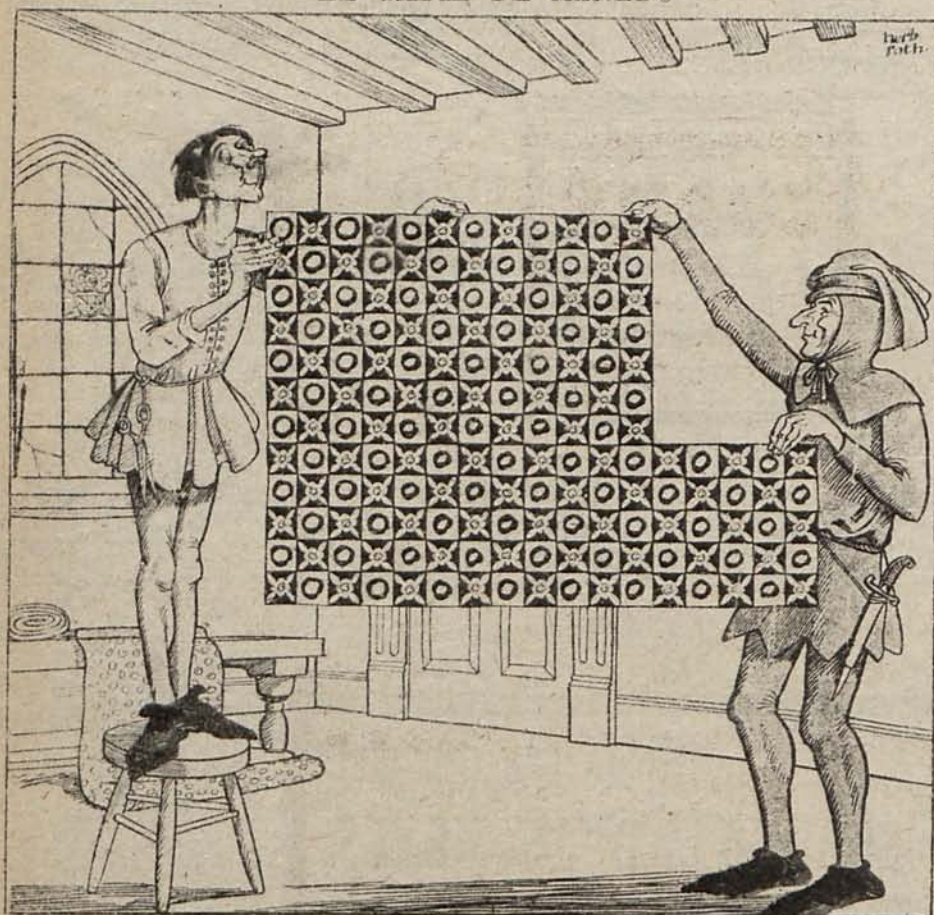
Parejita de nenes  
M. G. Conde



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## EL TAPIZ DE RENEDO



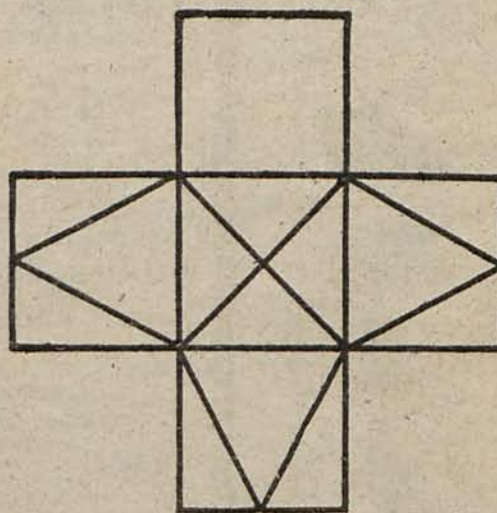
Renedo tenía un tapiz de forma irregular. Pero esto no le convenía a Renedo. Lo que él quería tener era un tapiz cuadrado. Preocupado con esta idea llamó a un sabio matemático, el ilustre Matías Chirimías, el cual le dijo que podría convertir el irregular tapiz en un cuadrado perfecto tan solo dando dos cortes a la tela, y combinando, después, los trozos obtenidos. ¿Qué hizo Matías?

## EL OSO PATINADOR



Viendo patinar al oso hay una ardilla, un pato, un gallo y un perro.  
¿Sabréis encontrarlos?

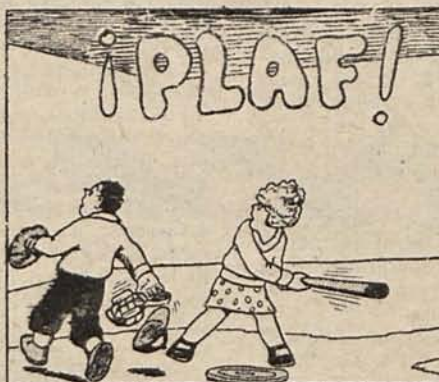
## LA CRUZ DE MAYO



Mi amigo Venancio Mayo dibujó una cruz, con la particularidad de que la hizo de un tirón, es decir, sin levantar el lapiz del papel. ¿Podréis imitarle?



# ANITA BUEN CORAZON





# SECCIÓN PIRULA

Charles de Pirula... decoradora

## CUATRO PANTALLAS



Solita con una anciana que le hizo un regalo magnifico: le dió el secreto de la felicidad.

Mas, no os imaginéis que se trataba de alguna vieja mendiga a quien Solita dió una limosna o ayudó a llevar un haz de leña y que, revelándose bruja, la brindó el tal secreto en forma de talismán encerrado en cualquier objeto absurdo, tal como una nuez, un anillo de cobre o un aifiler de latón.

No hubo tal aventura fantástica; la anciana con quien se topó Solita en la carretera, era una señora de edad, muy dulce y muy simpática que tenía alquilada una villa cerca de la casa de campo de los padres de mi Pirulinda, y que, durante toda la temporada venia ya haciendo muy buenas migas con su vecinita.

Esta buena señora, a quien todos llamaban Doña Pasca, por el motivo naturalísimo de que su nombre era Pascasia, advirtió en Solita señales de tristeza.

En efecto, Solita estaba triste, porque se acababa el verano... y el veraneo. Y Doña Pasca que está siempre contenta y no puede sufrir que alguien esté triste, y menos los niños, y mucho menos todavía una Pirulinda y, en fin, infinitamente menos aun, que lo esté su vecinita, cogió a Soledad por su cuenta, la sentó con ella en la hierba, y le indicó el medio de ser siempre dichosa y de estar alegre siempre.

El secreto no puede ser más sencillo, os lo advierto; consiste en buscar en todas las cosas, el aspecto bueno; lo tienen a veces tan escondido que hay que buscar mucho para dar con él; pero al fin y a la postre, se acaba por encontrarlo.

Los resultados de este admirable sistema, no ha tardado Solita en comprobarlos. Hasta que habló con Doña Pasca, le pareció que el acabarse el verano suponía para ella una desgracia; en el verano veía ella todo lo mejor de su existencia: paseos, vacaciones, diversiones de todas clases, aire libre, pueblo, calor (Solita es como los gatos; le gusta mucho el calor) buen tiempo, excursiones, etc., etc.

Y, en el invierno, todo lo malo; colegio (si yo no me sintiese obligado a deciros siempre la verdad, no me atrevería a confesar en una Pirulinda un defecto tan horrible como es la falta

de afición al estudio) mal tiempo, encierro en casa o en clase, frío, etc.

Desde que ha hablado con su vieja amiga, está descubriendo en esa aborrecible temporada que va de octubre a junio un sin fin de ventajas: por ejemplo, la alegría de los sábados, que no tiene durante el verano puesto que entonces todos los días son domingos; la espera, durante el primer trimestre, de las Navidades y de los regalos de Reyes; luego, el Carnaval, luego los huevos de Pascuas.

¿Y el cine? ¿y el teatro?

Y por encima de todas las cosas, están las labores y los caprichos que se copian de la «Sección Pirula» en los domingos lluviosos y con los cuales se va adornando el cuarto.

Precisamente, hay unos objetos a los cuales Solita es muy aficionada y que en verano no cuentan, ni casi existen; me refiero a las lámparas y pantallas.

Toda la importancia, la tienen en invierno; en los días breves y sombríos, parece que nunca hay bastantes lámparas en la casa, que nunca son bastante alegres las pantallas encargadas de tamizar la luz que sustituye a la del sol, la mayor parte del tiempo. Cuando Solita se encuentre con cuatro nuevos modelos en esta página, de fiyo que el calumniado invierno acabará de conquistar sus favores. Claro que los he ideado para ella; pero Solita no es egoísta y no querrá guardárselos para ella... solita.

Una de nuestras lámparas la fabricaremos con... un cesto de huevos, de esos vulgares cestos de alambre que hay en las cocinas; ahora que lo pintaremos con purpurina bronceada y entrelazaremos en los alambres unas cintas del color dominante en la habitación. Será difícil encontrar otra lámpara más original; difícil, si, pero no imposible y la prueba es que la segunda está hecha con una de esas vulgarísimas medidas de madera que utilizan, para medir sus mercancías, los vendedores callejeros de cacahueses y chufas. Tan pronto como la pintemos en un tono de madera oscura, la decoraremos con una lista pintada en amarillo y una ancha franja pintada en azul, y la completaremos con una pantalla de papel, pintado de la misma manera tendremos una lámpara, dechado de elegancia.

Como no me siento capaz de superar la originalidad de esta lámpara, utilizaremos para el tercer modelo, que es una pantalla de techo, una materia tan corriente como es el papel pergamino, cortado en trozos y unidos por un grueso cordón; esta pantalla, de un efecto muy bonito y muy moderno, la colgaremos del techo por medio de unas gruesas argollas forradas de cordoncillo; y la remataremos con un enorme borlón de seda lisa. El último modelo es una pantalla de seda fruncida sobre una armadura corriente, y nada tendría de particular si no la adornásemos con unas bolas de cristal de color que... Sí; lo habéis adivinado, estas bolas de cristal son las mismas que colgaban el año pasado, del árbol de Noel.

